Hilo directo

Fraga: La Rioja, en dos zancadas

LOGROÑO. Estrechar 2.000 nanos, mirando a todos, de pueblo en pueblo. Inaugura media docena de pequeñas sedes de partido. Pronuncia 17 discursos de balcón o de casino, con un megáfono pegado a los labios. Nos lleva en caravana a 150 por hora, recorriendo en carretera, de Este a Oeste y de Sur a Norte, toda La Rioja con sol, con lluvia, con niebla... Abre su paraguazo de golf, estridentemente rojo y amarillo, y es como si acabase de llegar a Santo Domingo de la Calzada el mayor espectáculo del mundo. Los niños se asombran y le siguen. Los hombres «jarreros» de Haro, tierra de vino, salen a la calle a verle. Le miran de soslayo y callan. «Aquí no somos eufóricos, pero cada quién sabe lo que piensa.» Las mujeres, de Arnedo, de Alfaro, de Nájera... se arremolinan a su paso para «piroparle» entre sonrisas tímidas y grititos coquetos. Fraga corresponde: aquí, un llavero; allá, un par de caramelos a un niño; en la otra esquina, un sinfín de autógrafos sobre la gran frente despejada de su cabeza impresa en un folleto de mano. Los chicos de la televisión francesa (RTF agotan celuloide, filmándolo todo, todo. Al pasar junto a una cabina de teléfonos, Fraga mira el cartel de Landelino Lavilla, cruzado de brazos, dentadura vampiresca, «Lavilla responde». Echa al aire una risotada: «Mire, ¡el respon-dónj! En otro momento aludirá a los «posters» de Felipe González: «... Es hora de soluciones, no de mirar al horizonte y menos sin decir claramente a qué horizonte se mira.»

Anoche, cuando viajábamos de San Sebastián a Logroño, en el potentísimo Volvo blindado, le pregunté: «De verdad, de verdad, ¿por qué no se hizo la mayoría natural AP-UCED? No pensó dos veces la respuesta: «¡Porque son «pequeños». Y en política, mi querida amiga, no se puede ser pequeño nunca! ¡Allá ellos! Colgando juntos el cartel «De acuerdo» en toda España, hubiéramos barrido...» El trayecto era largo, Fraga iba cansado, hilvanamos una conversación entretenida y enjundiosa: desde la utopía socialista y la de Santo Tomás Moro hasta que... «el momento actual, en el Ejército, es acimático para dar un golpe o algo que se parezca». Me contó de su hijo, el deportista aficionado a arreglar órganos; de su vida errática de político sin tregua para «gastar horas con la familia, que es muy necesario»: «Quizá por eso, porque ven de cerca el precio de ser político, a ninguno de mis hijos le tienta la política... Y es que ya no tengo tiempo de cazar, ni de pescar, ni de darme un paseo con unos amigos...» Cuando en Haro le regalaban un equipo de pesca fluvial le comentaré: «Don Manuel, falta un accesorio en ese equipo: ¡un paquete de horas libres!» Y él, con la boca llena de pastel de hojaldre, me contestará: «En el Apocalipsis hay una frase que

para mí ya no es profecía: «... entonces, no habrá tiempo». En mí, ya se ha cumplido eso.»

La gente fervorosa fraguista de esta tierra le aclama «presidente»; pero él, íntimamente, se ve en la oposición. Me decía ayer mismo: «Hay que institucionalizar con seriedad el papel del jefe de la oposición, como en Inglaterra... para permitir una continuidad en las grandes trakerías en la política, en los pactos internacionales, en las decisiones de trascendencia. Cuando se firmaron los Acuerdos de Postdam, Churchill, que era entonces jefe del Gobierno, llamó al jefe de la oposición...»

Fraga aquí, y por primera vez, muestra moral de victoria y se declara posible vencedor. En una misma jornada le oigo «después de ganar, cómo ganaremos las elecciones...», «el viento nos es favorable», «es en los últimos días y en las últimas horas cuando vamos a ganar las elecciones».

Luce el sol mientras recorremos la baja Rioja. Después lloverá, al acercarnos a Alava. Aquí, AP y el PDP, de Alzaga, tienen buenas expectativas electorales: han calculado que pueden ganar los tres puestos del Senado, y dos, si no tres, de los cuatro escaños al Congreso. Todo se dirime en 4.000 ó 5.000 votos que Felipe González y Manuel Fraga han de disputarle a «la UCD residual»:

Le veo confiado en el descalabro centrista: «Porque eso de «puedo prometer y prometo» produce ya rechiffa... La gente lo que de verdad tiene ahora delante es la estadística de paro, de terrorismo, de empresas en crisis...»

Fraga es ingenuo y un rato largo impetuoso. Quizá por ello, repentinamente una respuesta en rueda de Prensa, descubre sus cartas para el debate con Felipe González: «Se van a ver juntos y a la vez los dos programas del PSOE: el que hacen en sus Congresos y el que enseñan en sus mítines. ¡Que son bien distintos! Yo me he estudiado a fondo los mamotretos del XXIX Congreso del PSOE, donde hablan de diferentes modelos de sociedad y remiten al «programa máximo», que es el modelo de «San Carlos Marx», el de Pablo Iglesias ampliado: lucha de clases, supresión de la propiedad privada, tendencia gradual a la propiedad común de los medios de producción... O se definen como socialdemócratas y dejan todo eso sin validez, o, si persisten en enseñar un programa y esconder

otro, yo a eso he de llamarle por su nombre: doblez.» Ya sabe, pues, Felipe, por dónde va a amagar Fraga.

A uno que empieza diciéndole: «Señor Fraga, si usted coge el Poder...», le corta en seco: «El Poder no se coge. Se recibe de la confianza del pueblo.» Y a otro que le arroja una frase oída en algún mitin electoral de la competencia: «Dicen que es usted un enemigo de la democracia...», le replica: «Quien dice eso, desde luego, es enemigo mío. Y algo mejor, también es un cantamañanas. Hablemos de cosas serias, por favor.»

No pierde ocasión de llamar «infantil» a Felipe González. ¿Será porque él mismo siente en sus espaldas el peso de los años? Le interrogo en directo sobre ese hándicap: «historia rancia» frente a «juventud aspirante y esperanzadora.»

«Llevo treinta y nueve años en la vida política, sí, y no tengo frivolidades de juventud de qué arrepentirme, ni un tramo de mi pasado que esconder. No me avergüenzo de nada. De mis cuarenta y nueve libros publicados no he tenido que retirar ni uno solo de la circulación.»

Sí, Fraga es coherente. Quizá pétreamente coherente. Hay que reconocerle como hombre sin vaivenes oportunistas, eso sí. Claro es que esa UCD cuyo destroz denuesta y cuyos saldos de desgobierno denuncia era en su propósito inicial una buena compañera para el «de acuerdo». «Sí. Yo me coloqué ayer, con mucha honra, la pegatina de AP, UCD, PDP, PDL, en la solapa. Landelino, en cambio, no quiso hacerlo. Yo sumo. ¿Y qué hay de malo en ello? No desecho la suma de restos, porque creo que es bueno sumar contra el separatismo y sumar contra el terrorismo y sumar contra el descalabro económico... Para todo eso yo soy capaz de sumar hasta las piedras.»

En esa misma línea de coherencia registro dos detalles al paso. Un brindis «... por la Virgen del Pilar, Patrona de la Benemérita Guardia Civil», en la capital donostiarra y un par de saludos marciales, en plena calle, yendo él al encuentro de una pareja de guardias civiles, en Alfaro.

En su programa, en el capítulo de «soluciones para la seguridad», leo: «Alianza Popular hará de la defensa del prestigio y del buen nombre de las Fuerzas del Orden Público una cuestión de gobierno.» Ahí está la clave.

Al llegar a Autol y fuera de

programa se detiene la caravana en una fábrica conservera: El Picuezo. El dueño es militante de AP. Una desafortunada información gubernamental sin previa investigación sanitaria dio pábulo a la especie falsa de que los espárragos enlatados en esta industria podían producir «botulismo». Se congelaron partidas de pedidos, se desprestigió la marca en dos días, se hundió en bancarrota la empresa... Cuando oficialmente llegó el desmentido de Sanidad, ya era tarde. Fraga ahora quiere tomar de «esos formidables espárragos». Ataca duramente al PSOE, responsable local de este entuerto, de esta grave negligencia: «¡Otra vez los socialistas!... Es de lamentar que sistemáticamente organismos, administraciones locales y fuerzas políticas tengan la violantez de destruir empresas, marcas y prestigios que suponen graves quebras para toda una región, incluso para España y su economía. ¡Es muy fácil destruir! ¡Eso lo hace cualquiera! Pero nosotros venimos a construir, a afirmar, a reafirmar...»

Regresamos a Logroño, de donde partimos por la mañana. Fraga, en el coche, sigue firmando autógrafos en folletos manuales, que repartirá después. Se llena los bolsillos de caramelos y de llaveros. Aún le queda el tramo fuerte de la jornada: un mitin ante 5.000 personas en el Polideportivo y la cena también multitudinaria en Calahorra...

«En otras campañas, yo llevaba un paquetón de folios escritos para los discursos. Ahora, no. Ahora ya no llevo ni guión, ni siquiera un pequeño apunte.» Se golpea la frente (dicen que ahí dentro «le cabe el Estado»). «Lo tengo todo aquí, bien ordenado. Y espero al momento del mitin, del encuentro con el público. Es la gente, reunida y expectante, la que le va diciendo a uno qué cosas hay que decir y de qué modo hay que decir las en cada lugar. No puedo entender a esos mitineadores que repiten el mismo sermón en Cádiz y en Bilbao...»

Quiero preguntarle una quisicosa que me intriga en su programa, capítulo de «soluciones para la Defensa Nacional», donde dice «revisión y actualización, en sus justos términos, de las normas que regulan el derecho de expresión de los militares, y nueva regulación del ejercicio de actividades políticas por militares profesionales». Comprendo que el enunciado tiene intrínquilis, así que por delante, para endulzar la cuestión, le ofrezco unos bombones que llevo en el bolso. Con suma cortesía me lo rechaza: «¡No, no me ofrezca... porque a mí las elecciones me engordan!» Guardo los bombones. Y guardo la pregunta. Ya se la haré mañana, en algún resquicio, recorriendo las tierras de Navarra. Allí tiene Fraga una cita dura, frente a PSOE, PNV y Herri Batasuna. Mañana será otro día.—Pilar URBANO.